

José Chesta en dos escenarios

José Chesta. Textos y contextos de
Marta Contreras,
Enrique Luengo, Luz Marina

MARIO RODRIGUEZ
Universidad de Concepción

El escenario en que se presenta este texto es el de los 90; totalmente distinto al de los 60 en que se escribió, se representó y se recepcionó por el público y la crítica.

El discurso de los 60 es utópico y por tanto crítico del presente, es un discurso totalizador organizado en torno a un sentido central y dominante de la historia: la lucha de clases, las condiciones objetivas del proceso histórico, el socialismo versus el capitalismo, cultura frente a naturaleza, etc.

Hay también una apertura del discurso literario que tiende a abrir la malla verbal en aquellos puntos en que permanecía más apretada: las zonas de la sexualidad y la política.

Comienza a asumir la palabra sujetos a los que le estaba prohibido hacerlo (el tabú del sujeto): la mujer, en primer término, los proletarios, los trabajadores.

La naturaleza utópica, abierta, dialogante del discurso de los 60 le asigna a la literatura una posibilidad fantástica: la de cambiar el mundo.

EN ESTE ESCENARIO APARECE CHESTA

El discurso de los 90, por el contrario, es antiutópico, desengañado, escéptico de los poderes de la literatura. Los discursos totalizadores: marxismo, freudionismo se han derrumbado. La política, como quehacer que atañe a toda la sociedad, ha pasado a ser patrimonio de una clase, que se llaman a sí misma "la clase política".

La vida sexual está terriblemente amenazada por una peste que nos recuerda las de la Edad Media: el Sida.

Yo diría que el discurso libertario ha sido sustituido por el del rezongo. Es decir por el gruñido, por refunfuñar frente a lo que se manda ejecutándolo de mala gana.

Pero no caigamos en un pecado que se ha hecho peligrosamente frecuente: el de mitificar los 60, como una época de la esperanza y de la pluralidad de discursos, del gozo y la polifonía.

Por el contrario, la cerradura ideológica del período terminó por crear dos monólogos irritantes e irritados el uno con el otro: el monólogo del discurso progresista, izquierdista, socialista, marxista y el del discurso conservador, derechista, libremercadista, reaccionario. No olvidemos nunca que este monologismo a ultranza nos llevó a la tragedia del 73.

En este marco ideológico se desarrolla el teatro de Chesta, ¡pero ojo!, nunca hay en él un alegato político explícito, sino como dicen muy bien los autores en el prólogo ("contextos") "el trabajo teatral de José Chesta en *Las redes del mar* se puede leer como una diagnosis de problemas en una microcultura: pueblo minero pesquero en el Sur de Chile, en la década de los sesenta". Lúcidamente Marta Contreras escribe en el prefacio que el dialogismo del teatro implica siempre una relación de fuerzas que se traduce en una lucha. ¿Y por qué se lucha?

El teatro de Chesta lucha contra un sistema económico desequilibrado donde un sector está irremediabilmente condenado a la pobreza, el sufrimiento y la muerte.

La aparición del desequilibrio genera siempre la existencia de dominadores y dominados, es decir, de aquellos que manejan el poder y de quienes lo sufren. Los que poseen el poder están tremendamente lejanos y esa ausencia demoníaca hace más fuerte su presencia opresora porque no hay posibilidades directas de luchar contra ella. Solamente vemos a los dominados.

Pero donde hay poder hay resistencia, fuerzas que tienden a recuperar o instaurar un equilibrio; la forma de resistencia privilegiada es la huelga, teatralizada en *El Umbral*.

Esta pieza muestra claramente esa lejanía de los detentadores del poder, de la cual hablábamos. Los mineros deben viajar desde Lota a Concepción (donde está el poder regional) para conseguir una solución a sus demandas de justicia. Es un verdadero camino de expiación.

Simbólicamente la marcha de Lota a Concepción de la clase obrera se ha transformado en un verdadero rito lleno de connotaciones: es una suerte de vía crucis en el que mujeres, hombres, niños marchan arrastrando la cruz de su miseria, pero también es sacar a la luz lo que la sociedad satisfecha no quiere, no quiero, no queremos ver: a los pobres, los marginados del confort, el lujo y el consumismo de la modernidad, tanto en los 60, como mucho más en los noventa. Además, en este mundo escéptico, ligero, acomodaticio en que vivimos, la marcha reiterada de los mineros es uno de los pocos actos épicos que van quedando.

En la época de Chesta la gente salía a las calles a gritar 'justicia' y llenaba los caminos, los parques y las avenidas. Hoy día las calles tal vez están mucho más llenas, ¿pero a quien se le ocurriría gritar justicia si estamos obsesionados por el dinero, el auto, el televisor, los viajes de placer, las ropas? En verdad las calles están terriblemente vacías de seres humanos que piensan y creen en la solidaridad, la justicia y el amor. Las calles están llenas de ávidos de lucro, de

egoístas enfermizos, de escépticos. En las calles ha muerto esa vida en la que creyó José Chesta, creencia que lo llevó a escribir la siguiente escena de *El umbral*.

Hernán (Lentamente girando hacia el público. Habla como si el pensamiento no naciera de él). Ahora entiendo... nacimos... como parásitos sobre una corteza y sólo dejamos de serlo cuando... cuando...

Berta ¿Sí...?

Hernán Me faltan palabras para decirlo... Cuando hay algo por qué luchar... Una causa justa. Cuando existe la suficiente convicción como para empezar de nuevo la derrota... Y mucho más... Hasta para darnos cuenta un día que nuestras ideas ya no sirven... Tal vez esa lucha sea tan dolorosa como la lucha por la causa joven...

Hombre 1 (Entrando con dos hombres) ¡Don Hernán!

Hombre 2 ¡Hemos triunfado!

Hombre 1 La Radio acaba de dar la información...

Hombre 2 Se ha llegado a un acuerdo.

Hernán ¿Pero cómo? Recién lo creíamos todo perdido.

Hombre 1 Los mineros del cobre apoyaron nuestro movimiento y entonces el Gobierno cedió.

Hombre 2 El anuncio fue oficial...

Hernán ¡Hemos triunfado! (Se desplaza hacia el extremo opuesto. Mientras habla se va centrando la luz hasta iluminarse sólo el rostro) ¡Dios mío!... Cuesta sangre lograr lo justo, pero unos puños enérgicos aun sin armas lo lograron. Son miles las bocas hambrientas que rugen en cientos de ciudades, en la montañas y en el mar. Miles de manos clamando justicia... sólo justicia y pan... (Berta y los hombres lo miran. Comprenden la fuerza que posee. En sus rostros no hay entusiasmo. Recién empiezan a descubrirse).

Seguramente este diálogo suena anacrónico en los tiempos que corren, hay demasiado dramatismo, demasiado patetismo para la sensibilidad de los 90; falta buscar, distancia, ironía, factores claves del discurso posmoderno, pero ¿no es bueno recordar en medio de tanta ligereza (ligereza de todo tipo: moral, estética, política) las 'otras' palabras excluidas del discurso contemporáneo, las otras voces que no por anacrónicas nos recuerdan la posibilidad de otro mundo solidario, fraternal, humanista?

Tal es a mi juicio uno de los valores fundamentales de este rescate -que no secuestro- de José Chesta: colocar abruptamente en el escenario de los tigres y jaguares, del hedonismo, materialismo, consumismo y cuanto ismo más parido por la diosa sin rostro del mercado, diosa perversa y cruel, un otro mundo: provinciano, minero, sentimental, ingenuo en varios rasgos, pero donde el lenguaje no ha sufrido todavía la irremediable enfermedad que hoy día lo contagia: la infección semántica que permite que la mentira ocupe el lugar de la verdad, que la tolerancia se llame en el fondo indiferencia (un me da lo mismo), que los mitos de la modernidad oculten el paisito real en que vivimos.

Afirmé que Marta Contreras, Enrique Luengo y Luz Marina Vergara han rescatado para los años 90 la figura y la obra de José Chesta, tan prematuramente fallecido -hablé de rescate y no de secuestro-. Con el último término me refería a situaciones tan especiales como la sufrida por Antonio Machado en la España franquista. El régimen del caudillo se apoderó de la figura del autor de *Campos de Castilla* porque creyó ver a un poeta no comprometido políticamente, como lo eran Rafael Alberti o Aleixandre, sin percibir el profundo compromiso de Machado con la verdad, la palabra y el pueblo español.

Eso no fue un rescate, sino un secuestro.

Ni Marta, ni Luz Marina ni Enrique Luengo han cometido ese acto delictual -ellos han rescatado a José Chesta con todos los defectos que puede tener la obra de un autor incipiente, en un esfuerzo por salvar

del olvido o la amenaza de extinción a un espacio cultural rico, polémico y dialogante en el que el teatro ocupó un lugar innegable y en el que estaban dados los elementos que podrían constituir una posible identidad penquista, un polo de desarrollo teatral, poético y novelístico, capaz de resistir la influencia avasallante de la metrópolis santiaguina.

Este joven Chesta que decía en 1961 que la guerra no tenía sentido, que hablaba del sol de la justicia, que creía que "las aves cantan a la aurora pese a que ven amanecer todos los días", es como un sorbo de agua refrescante que mana de la fuente del pasado para decirnos que las viejas palabras: justicia, libertad y paz aún figuran en el español de América y que tal vez aún sea posible cambiar el mundo.

Por último, leyendo a Chesta rescatado por Marta Contreras y sus colaboradores, se me viene a los labios ese verso estremecedor de César Vallejo:

Un hombre pasa con un pan al hombro
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?